

—¡Pero si ya han pasado tres meses! ¿Cómo es que no lo encontráis?

Patrik Hedström observaba a la mujer que tenía delante. Se la veía más cansada y mustia cada vez que pasaba por allí. Y acudía a la comisaría de Tanumshede todas las semanas. Todos los miércoles. Desde un día de principios de noviembre en que desapareció su marido.

—Hacemos todo lo que está en nuestra mano, Cia. Ya lo sabes.

La mujer asintió sin pronunciar palabra. Le temblaban las manos levemente en el regazo. Luego lo miró con los ojos llenos de lágrimas. No era la primera vez que Patrik presenciaba aquella escena.

—No volverá, ¿verdad que no? —Ahora no solo le temblaban las manos, sino también la voz, y Patrik tuvo que combatir el impulso de levantarse, bordear la mesa y abrazar a aquella mujer tan frágil. Tenía la obligación de comportarse de un modo profesional, aunque tuviera que ir en contra de su instinto protector. Reflexionó sobre cómo debía responderle. Finalmente, respiró hondo y dijo:

—No, no creo que vuelva.

La mujer no hizo más preguntas, pero Patrik se dio cuenta de que sus palabras no habían hecho más que confirmar lo que Cia Kjellner ya sabía. Su marido no volvería a casa jamás. El 3 de noviembre, Magnus se levantó a las seis y media, se duchó, se vistió, se despidió de sus dos hijos y luego de su mujer. Poco después de las ocho, lo vieron salir de casa para ir al trabajo en Tanumsfönster. A partir de ahí, nadie sabía dónde se había metido. No

se presentó en la casa del compañero que lo llevaría en coche al trabajo. En algún punto del trayecto entre su casa, situada en la zona próxima al estadio deportivo, y la casa del compañero, junto al campo de minigolf de Fjällbacka, Magnus había desaparecido.

Había repasado toda su vida. Habían enviado una orden de búsqueda, habían hablado con más de cincuenta personas, tanto del trabajo como con familiares y amigos. Buscaron deudas de las que hubiese querido huir, amantes, desfalcos en su lugar de trabajo, cualquier cosa que pudiera explicar que un hombre formal de cuarenta años, con dos hijos adolescentes, desapareciera un día así, de improviso. Pero nada. No había datos que indicasen que se hubiese marchado al extranjero, y tampoco habían sacado dinero de la cuenta que tenía con su mujer. Magnus Kjellner se había convertido en un espectro.

Cuando Patrik hubo acompañado a Cia a la salida, llamó discretamente a la puerta de Paula Morales.

—Adelante. —Se oyó enseguida la voz de su colega, y Patrik entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Otra vez la mujer?

—Sí —respondió Patrik tomando asiento en la silla, frente a Paula. Puso los pies en la mesa pero, ante la mirada iracunda de su colega, se apresuró a bajarlos otra vez.

—¿Crees que está muerto?

—Sí, eso me temo —admitió Patrik. Por primera vez, manifestó en voz alta el temor que había albergado desde los primeros días de la desaparición de Magnus—. Lo hemos revisado todo y el hombre no tenía ninguna de las razones habituales para desaparecer por voluntad propia. Todo parece indicar que, sencillamente, salió de casa y luego... ¡se esfumó!

—Pero no hay cadáver.

—No, no hay cadáver —confirmó Patrik—. ¿Y dónde vamos a buscar? No podemos dragar el mar, y tampoco peinar el bosque de las afueras de Fjällbacka. Solo podemos sentarnos a esperar que alguien lo encuentre. Vivo o muerto. Porque lo cierto es que ya no sé cómo seguir con este caso. Y tampoco sé qué decirle a

Cia cuando se presenta aquí cada semana con la esperanza de que hayamos progresado algo.

—No es más que su modo de sobrellevarlo. Así le parece que está haciendo algo, en lugar de quedarse sentada en casa esperando. Yo, por ejemplo, me volvería loca. —Paula echó una ojeada a la foto que tenía junto al ordenador.

—Sí, claro, ya lo sé —dijo Patrik—. Pero no por eso me resulta más fácil.

—No, claro.

Se hizo el silencio en el pequeño despacho, hasta que Patrik se levantó.

—Esperemos que aparezca. Sea como sea.

—Sí, esperemos —señaló Paula, pero con el mismo tono de abatimiento que Patrik.

—¡Gordi!

—¡Mira quién habla! —Anna miró a su hermana señalándole la barriga.

Erica Falck se retorcía para ponerse de perfil ante el espejo, exactamente igual que Anna, y tuvo que admitir que esta tenía razón. Madre mía, ¡estaba enorme! Parecía una barriga enorme con algo de Erica pegada alrededor, solo para disimular. Y se notaba. Cuando estaba embarazada de Maja, se sentía como un prodigo de agilidad en comparación con este embarazo. Pero claro, ahora llevaba dentro dos niños.

—De verdad que no te envidio —dijo Anna con la sinceridad brutal propia de una hermana menor.

—Vaya, gracias —respondió Erica dándole un empujón con la barriga. Anna le respondió con otro, de modo que las dos estuvieron a punto de perder el equilibrio. Agitaron los brazos en el aire para recuperarlo, pero empezaron a reírse de tal manera que tuvieron que sentarse en el suelo.

—¡Esto es una broma! —exclamó Erica secándose las lágrimas—. No puede una ir por la vida con este aspecto. Soy un cruce entre Barbapapá y el tipo ese de Monty Python que revienta mientras se está comiendo una galleta de menta.

—Pues sí, yo estoy terriblemente agradecida por tus gemelos, porque a tu lado me siento como una sélfide.

—Que aproveche —respondió Erica haciendo amago de levantarse, pero sin conseguirlo.

—Espera, ya te ayudo yo —le dijo Anna, pero también ella perdió la batalla contra la ley de la gravedad y cayó de nuevo sobre el trasero. Las dos hermanas se miraron compenetradas y gritaron al unísono:

—¡Dan!

—¿Sí? ¿Qué pasa? —se oyó gritar desde la planta baja.

—¡No podemos levantarnos! —respondió Anna.

—¿Qué has dicho? —preguntó Dan.

Lo oyeron subir la escalera en dirección al dormitorio donde se encontraban.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —preguntó sonriendo al ver a su pareja y a su cuñada, las dos sentadas en el suelo, delante del espejo.

—Que no podemos levantarnos —dijo Erica extendiendo el brazo con tanta dignidad como pudo.

—Espera, que voy en busca de la grúa —bromeó Dan fingiendo que se daba media vuelta para bajar otra vez.

—Oye, oye —protestó Erica mientras Anna rompía a reír de tal modo que tuvo que volver a tumbarse boca arriba en el suelo.

—Bueno, vale, quizás funcione de todos modos. —Dan cogió la mano de Erica para tirar de ella—. ¡Aaaaaarriba!

—Deja los efectos de sonido, ten la bondad.

Erica se levantó con esfuerzo.

—Caray, qué gorda estás —exclamó Dan, que se ganó un manotazo en el hombro.

—A estas alturas lo habrás dicho ya unas cien veces, y no eres el único. Así que haz el favor de dejarlo ya y céntrate en tu propia gordi.

—Encantado. —Dan levantó también a Anna y aprovechó para darle un beso en la boca.

—Ya podéis irnos a casa —dijo Erica dándole un codazo a Dan en el costado.

—Ya estamos en casa —respondió Dan besando a Anna de nuevo.

—Eso, pues a ver si podemos concentrarnos en por qué estoy yo aquí —replicó Erica dirigiéndose al armario de su hermana.

—No sé por qué crees que puedo ayudarte —dijo Anna acercándose bamboleante hacia Erica—. No creo que tenga nada que te quede bien.

—Ya, ¿y quéquieres que haga entonces? —Erica fue mirando la ropa que colgaba en las perchas—. Es la fiesta de la presentación del libro de Christian y la única opción que me queda es la tienda india de Maja.

—Vale, a ver, algo podremos encontrar. Esos pantalones que llevas no tienen mal aspecto y creo que tengo una blusa que quizás te quepa. Al menos a mí me quedaba grande.

Anna sacó una túnica bordada de color lila. Erica se quitó la camiseta y, con la ayuda de Anna, logró pasarse la túnica por la cabeza. Bajarla por la barriga fue como llenar una salchicha navideña, pero lo consiguieron. Erica se volvió hacia el espejo y observó críticamente la imagen que le devolvía.

—Estás muy guapa —le comentó Anna, y Erica gruñó por respuesta. Con aquella mole que ahora tenía por cuerpo, lo de «muy guapa» sonaba a utopía, pero al menos tenía un aspecto decente y casi elegante.

—Funciona —dijo al fin tratando de quitarse la prenda ella sola, antes de rendirse y esperar a que Anna le ayudase.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó Anna mientras alisaba la túnica y volvía a colgarla en la percha.

—En el Hotel Stora.

—Qué detalle de la editorial, organizar una fiesta de presentación para un autor novel —dijo Anna dirigiéndose a la escalera.

—Están emocionadísimos. Y las ventas son increíblemente buenas, así que me parece que lo hacen encantados. Y parece que también irán periodistas, por lo que me dijo nuestro editor.

—¿Y a ti qué te parece el libro? Supongo que te habrá gustado, de lo contrario, no se lo habrías recomendado a la editorial, pero ¿es bueno?

—Es... —Erica reflexionaba mientras seguía a su hermana e iba bajando los peldaños con sumo cuidado—. Es mágico. Oscuro y hermoso, inquietante y poderoso y... bueno, mágico, es la mejor manera de describirlo.

—Christian debe de estar superfeliz.

—Sí, claro. —Erica tardaba en responder mientras se dirigía a la cocina con familiaridad y empezó a cargar la cafetera—. Sí, claro que lo estará. Pero al mismo tiempo... —Guardó silencio para no perder la cuenta de las cucharadas de café que iba poniendo en el filtro—. Se puso muy contento cuando aceptaron el manuscrito, pero tengo la sensación de que el trabajo con el libro ha removido algo. Es difícil... en realidad, no lo conozco tan bien. No estoy segura de por qué me lo pidió pero, como es natural, me presté a ayudarle. Es obvio, yo tengo experiencia en el trabajo con manuscritos, aunque no escriba novelas. Y al principio todo fue muy bien, Christian tenía una actitud positiva y abierta a todas las sugerencias pero, al final, lo veía retraído a veces, cuando yo quería ahondar en ciertos asuntos. No te lo puedo explicar mejor, pero es un poco excéntrico, quizás sea solo eso.

—Pues entonces ha dado con la profesión adecuada —dijo Anna muy seria, y Erica se volvió hacia ella.

—O sea, que ahora no solo estoy gorda, sino que además soy excéntrica, ¿no?

—Y distraída, no lo olvides. —Anna señaló la cafetera que Erica acababa de encender—. Resulta más fácil si, además, le pones agua.

La cafetera empezó a saltar confirmando sus palabras y Erica la apagó dirigiendo una mirada sombría a su hermana.

Ejecutaba todas las tareas domésticas de forma mecánica. Colocaba la vajilla en el lavaplatos tras haber enjuagado los platos y los cubiertos, recogía los restos de comida del fregadero con la mano y lavaba el cepillo de fregar con un poco de detergente. Luego enjuagaba la bayeta, la estrujaba y la pasaba por la mesa de la cocina para retirar las migas y los pegotes.

—Mamá, ¿puedo ir a casa de Sandra? —Elin entró en la cocina con una expresión de rebeldía quinceañera que denotaba que se había preparado para recibir un no por respuesta.

—Ya sabes que esta noche no puede ser, que vienen tus abuelos.

—Pero últimamente vienen tan a menudo... ¿por qué tengo que estar aquí siempre que vienen? —El tono de voz iba subiendo y ya empezaba a adoptar aquel tono chillón que tan mal sobrellevaba Cia.

—Porque vienen a veros a ti y a Ludvig. Comprenderás que, si no estáis en casa, se llevarán una decepción.

—¡Pero es que es tan aburrido! Y la abuela siempre termina llorando y el abuelo le dice que no llore. Quiero irme a casa de Sandra. Va a ir todo el mundo.

—Me parece que estás exagerando, ¿no? —dijo Cia enjuagando la bayeta antes de colgarla de nuevo en el grifo—. No creo que vaya «todo el mundo». Ya irás otra noche, cuando no estén aquí los abuelos.

—Papá me habría dejado ir.

Fue como si a Cia se le encogieran los pulmones. No lo aguantaba más. No aguantaba la ira ni la rebeldía en aquellos momentos. Magnus habría sabido afrontarlo. Él habría podido manejar la situación con Elin. Ella, en cambio, no lo conseguía. Sola, no.

—Pero papá no está.

—¿Y dónde está? —gritó Elin llorando a lágrima viva—. ¿Se ha largado? Seguro que se cansó de ti y de tus rollos. So... so arpía.

A Cia se le quedó la mente en blanco. Era como si todos los sonidos hubiesen desaparecido de pronto, y todo a su alrededor se convirtió en una bruma gris.

—Está muerto. —La voz sonaba como si surgiera de otra parte, como si hablarla un extraño.

Elin se la quedó mirando atónita.

—Está muerto —repitió Cia. Se sentía extrañamente tranquila, como flotando en el aire por encima de su hija y estuviese contemplando la escena con ánimo apacible.

—Estás mintiendo —replicó Elin hinchando el pecho, como si acabase de correr varias millas.

—No, no estoy mintiendo. Es lo que cree la Policía. Y sé que es verdad. —Cuando se oyó pronunciar aquellas palabras, comprendió lo ciertas que eran. Se había negado a tomar conciencia

de ello, se había aferrado a la esperanza. Pero la verdad era que Magnus estaba muerto.

—¿Cómo puedes estar segura? ¿Cómo puede estar segura la policía?

—Él no nos habría dejado sin más.

Elin meneó la cabeza, como si quisiera impedir que la idea se anclase en su mente. Pero Cia notó que su hija también lo sabía. Magnus no los habría dejado así, sin más.

Recorrió los pocos pasos que la separaban de ella en la cocina y la abrazó. Elin quiso zafarse pero, finalmente, se relajó y se dejó abrazar y convertirse en una niña pequeña. Cia le acarició el pelo mientras el llanto arreciaba.

—Chist... —La tranquilizó sintiendo que su fuerza interior se revitalizaba a medida que se iba minando la de Elin—. Anda, vete a casa de Sandra, ya se lo explicaré a los abuelos.

Acababa de comprender que, a partir de aquel momento, ella sería quien tomase todas las decisiones.

Christian Thydell se observaba en el espejo. A veces no sabía qué postura adoptar ante su aspecto. Tenía cuarenta años. En cierto modo, el tiempo había pasado volando y ahora tenía delante a un hombre que no solo era adulto, sino que incluso empezaba a lucir algunas canas en la sien.

—¡Qué elegante estás! —Christian se sobresaltó cuando Sanna apareció a su espalda y le rodeó la cintura con los brazos.

—Perdón —se disculpó sentándose en la cama.

—Tú también estás muy guapa —señaló aún con más remordimientos al ver cómo aquel cumplido sin importancia le imprimía brillo en los ojos. Al mismo tiempo, sintió un punto de irritación. Detestaba que se condujese como un cachorro me-neando la cola ante el menor gesto de atención por parte de su dueño. Su mujer era diez años más joven y a veces tenía la sensación de que podrían ser veinte.

—¿Me ayudas con la corbata? —Christian se acercó y ella se levantó y le anudó la corbata con mano experta. Un nudo perfecto

al primer intento, y Sanna dio un paso atrás para contemplar su obra.

—¡Esta noche vas a triunfar!

—Mmm... —dijo él, sin saber muy bien qué esperaba ella que dijera.

—¡Mamá! ¡Nils me ha pegado! —Melker entró a la carrera, como si lo persiguiera una manada de lobos salvajes y, con los dedos pringados de comida, se agarró al primer recurso seguro que tenía a mano: la pierna de Christian.

—¡Melker! —Christian apartó bruscamente a su hijo de cinco años. Pero ya era tarde. Las dos perneras presentaban manchas patentes de kétchup a la altura de las rodillas, y Christian se esforzó por conservar la calma. Últimamente, cada vez le costaba más.

—¿Es que no puedes vigilar a los niños? —le espetó a Sanna mientras, con movimientos exagerados, empezaba a desabotonar el pantalón para cambiarse.

—Seguro que puedo limpiarlo —dijo Sanna persiguiendo a Melker, que iba camino de la cama con las manos embadurnadas de comida.

—¿Y cómo, si tengo que estar allí dentro de una hora? Tendré que cambiarme.

—Pero... —Sanna estaba a punto de romper a llorar.

—Mejor vete a cuidar de los niños.

Sanna acompañó cada sílaba de un parpadeo, como si la estuviese golpeando con ellas. Sin replicar palabra, cogió a Melker de la mano y lo sacó del dormitorio.

Cuando Sanna se hubo marchado, Christian se desplomó en la cama. Se veía en el espejo con el rabillo del ojo. Un hombre sereno. Con chaqueta, camisa, corbata y calzoncillos. Hundido como si llevase sobre los hombros todos los problemas del mundo. Irguió la espalda y sacó el pecho. Y enseguida le pareció que tenía mejor aspecto.

Aquella era su noche. Y nadie podría arrebatarla.

—¿Alguna novedad? —Con gesto inquisitivo, Gösta Flygare levantó la cafetera hacia Patrik, que acababa de entrar en la pequeña cocina de la comisaría.

Patrik asintió y dijo sí, gracias, antes de sentarse a la mesa. Ernst oyó que se preparaban para tomar un tentempié, entró en la cocina caminando pesadamente y se tumbó debajo de la mesa con la esperanza de que le cayera algún que otro bocado que él pudiese pescar de un lametón.

—Aquí tienes. —Gösta puso delante de Patrik una taza de café solo y se sentó enfrente—. Te veo un poco pálido —observó es-  
crutando a conciencia a su joven colega.

Patrik se encogió de hombros.

—Algo cansado, eso es todo. Maja ha empezado a dormir mal y está muy rebelde. Y Erica está agotada por razones más que comprensibles, así que la cosa está bastante complicada en casa.

—Y peor que se va a poner —constató Gösta secamente.

Patrik soltó una carcajada.

—Sí, Gösta, tú siempre tan alentador, peor que se va a poner.

—Pero no has averiguado nada más sobre Magnus Kjellner, ¿no?

Gösta pasó discretamente una galleta por debajo de la mesa y Ernst tamborileó feliz con la cola sobre los pies de Patrik.

—No, nada —dijo Patrik antes de tomar un sorbo de café.

—Ya he visto que hoy ha venido otra vez.

—Sí, acabo de estar en el despacho de Paula hablando del tema.

Para Cia es como una suerte de ritual pero, claro, no es de extrañar, ¿cómo procesa uno el hecho de que su marido desaparezca sin más?

—¿Y si interrogamos a alguno más? —dijo Gösta pasando con disimulo otra galleta bajo la mesa.

—¿A quién? —Patrik oyó la irritación que destilaba—. Ya hemos hablado con la familia, con los amigos, hemos ido de puerta en puerta preguntando por todo el barrio, hemos puesto carteles y hemos pedido la colaboración de la prensa local. ¿Qué más podemos hacer?

—Tú no sueles rendirte.

—Pues no, pero si tienes alguna sugerencia, ya puedes proponerla. —Patrik lamentó inmediatamente el tono tan agrio con que le había hablado, aunque Gösta no parecía habérselo tomado a mal—. Suena horrible decirlo, pensar que aparecerá muerto —añadió en tono más amable—, pero estoy convencido de que solo entonces averiguaremos lo que ha ocurrido. Te apuesto lo que quieras a que no ha desaparecido voluntariamente, y si encontramos el cadáver, tendremos algo sobre lo que investigar.

—Sí, tienes razón. Es un horror pensar que el tipo aparecerá en la orilla arrastrado por las mareas o en algún rincón del bosque. Pero yo tengo la misma sensación que tú. Y debe de ser horrible...

—¿Te refieres a no saber? —preguntó Patrik desplazando un poco los pies, que ya empezaban a sudarle bajo el peso cálido del trasero del perro.

—Pues sí, te lo puedes imaginar. No tener ni idea de dónde se habrá metido la persona a la que quieres. Como los padres cuyos hijos desaparecen. Hay una página web americana de niños desaparecidos. Página tras página con fotos y anuncios de búsqueda. Qué horror, digo yo.

—Yo no sobreviviría a una situación así —aseguró Patrik. Recreó la imagen del torbellino de su hija y la sola idea de que se la arrebataran se le antojó insufrible.

—¿De qué habláis? Menudo ambiente funerario tenéis aquí. —La voz alegre de Annika interrumpió el silencio, y la recepcionista entró y se les unió a la mesa. El miembro más joven de la comisaría, Martin Molin, no tardó en aparecer tras ella, atraído por las voces que se oían en la cocina y por el olor a café. Estaba de baja paternal a media jornada y aprovechaba cualquier oportunidad de relacionarse con sus colegas y de participar en conversaciones de adultos, para variar.

—Estábamos hablando de Magnus Kjellner —explicó Patrik en un tono que indicaba que la conversación había concluido. Y, para subrayarlo, cambió de tema.

—¿Qué tal va lo de la niña?

—¡Ay, nos llegaron más fotos ayer! —exclamó Annika sacando unas fotografías que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Mira, mira cuánto ha crecido. —Dejó las instantáneas en la mesa y Patrik y Gösta se turnaron para verlas. Martin ya les había echado un vistazo en cuanto llegó aquella mañana.

—Anda, qué bonita es —dijo Patrik.

Annika asintió.

—Ya tiene diez meses.

—¿Y cuándo os dijeron que podríais ir a buscarla? —preguntó Gösta con interés sincero. Era consciente de que había contribuido a que Annika y Lennart empezasen a hablar en serio de adopción, así que, en cierto modo, tenía la sensación de que la pequeña de las fotos también era suya.

—Pues la verdad, cada vez nos dicen una cosa —confesó Annika. Recogió las fotos y se las guardó de nuevo en el bolsillo—. Dentro de un par de meses, creo yo.

—Supongo que la espera es muy dura. —Patrik se levantó y colocó la taza en el lavaplatos.

—Sí, lo es, pero al mismo tiempo... Estamos en ello. Y la niña existe.

—Sí, claro —convino Gösta. En un impulso, le puso a Annika la mano en el hombro, pero la retiró con la misma rapidez—. Ahora tengo que trabajar. No tengo tiempo de quedarme aquí desbarriendo —masculló levantándose algo turbado.

Los tres colegas le dedicaron una mirada jocosa mientras salía de la cocina.

—¡Christian! —La directora de la editorial se le acercó y le dio un abrazo impregnado de un denso perfume.

Christian contuvo la respiración para no tener que aspirar aquel aroma tan empalagoso. Gaby von Rosen no era célebre por sus maneras discretas. Todo en ella era excesivo: demasiado pelo, demasiado maquillaje, demasiado perfume y, además de todo eso, una manera de vestir que, para ser amable, podía describirse como sorprendente. En honor de la celebración, llevaba un traje de un rosa impactante y una enorme rosa de tela verde en la solapa, y, como de costumbre, unos tacones de alto riesgo. Sin embargo, pese a lo

ridículo de su aspecto, nadie dejaba de tomar en serio a la directora de aquella editorial nueva y tan de moda. Tenía más de treinta años de experiencia en el sector y el intelecto tan agudo como afilada tenía la lengua. Aquellos que, alguna vez, cometieron el error de despreciarla como adversario, jamás repitieron.

—¡Cómo nos vamos a divertir! —Gaby lo sujetaba por los hombros con los brazos estirados y le sonreía—. Lars-Erik y Ulla-Lena, los del hotel, han sido fantásticos —continuó—. ¡Qué personas más encantadoras! Y el bufé tiene un aspecto maravilloso. Verdaderamente, es el lugar perfecto para el lanzamiento de ese libro tuyo tan brillante. Y tú ¿cómo te sientes?

Christian se zafó con cuidado de las manos de Gaby y dio un paso atrás.

—Pues mira, un poco en una nube, si he de ser sincero. He pensado tanto en lo de la novela y... bueno, aquí estoy. —Miró de reojo la pila de libros que había en la mesa, junto a la salida. Podía leer desde allí su propio nombre, y el título: *La sombra de la sirena*. Se le encogió el estómago: aquello era real.

—Habíamos pensado lo siguiente —dijo Gaby tirándole de la manga de la camisa, y él la siguió abúlico—. Empezamos con una reunión con los periodistas que acudan, así podrán hablar contigo tranquilamente. Estamos muy satisfechos con la respuesta de los medios. Vendrían el *GP*, el *GT*, el *Bohusläningen* y *Ströms-tads Tidning*. Ninguno de los periódicos nacionales, pero la reseña tan estupenda que ha sacado hoy el *Svenskan* lo compensa con creces.

—¿Qué reseña? —preguntó Christian mientras lo arrastraban a una pequeña tarima junto al estrado donde, al parecer, recibirían a la prensa.

—Ya te enterarás luego —dijo Gaby sentándolo en la silla más próxima a la pared.

Christian intentó recuperar el control sobre la situación, pero era como si lo hubiera absorbido una secadora y no tuviese la menor oportunidad de salir, y ver que Gaby se alejaba reforzó aquella sensación. Dentro de la sala el personal corría de un lado

para otro poniendo las mesas. Nadie se fijaba en él. Se permitió cerrar los ojos un instante. Pensó en el libro, en *La sombra de la sirena*, en tantas horas como había pasado delante del ordenador. Cientos, miles de horas. Pensó en ella, en la sirena.

—¿Christian Thydell?

Aquella voz lo arrancó de su cavilar y Christian alzó la vista. El hombre que tenía delante aguardaba tendiéndole la mano, como esperando que él la cogiera. Así que Christian se levantó y se la estrechó.

—Birger Jansson, del *Strömstads Tidning*. —El hombre colocó en el suelo una gran cámara.

—Claro, bienvenido. Siéntate —dijo Christian, inseguro de cómo debía comportarse. Echó un vistazo a su alrededor en busca de Gaby, pero no vio más que un destello rosa chillón que aleteaba de acá para allá cerca de la entrada.

—Vaya, vaya, sí que apuestan fuerte —dijo Birger Jansson mirando a su alrededor.

—Sí, eso parece —contestó Christian. Luego se hizo el silencio y ambos se retorcieron en la silla.

—¿Empezamos? ¿O prefieres que esperemos a los demás?

Christian miró abstraído al reportero. ¿Cómo iba a saberlo él? Era la primera vez que hacía aquello. Jansson pareció interpretarlo como un sí, colocó una grabadora encima de la mesa y la puso en marcha.

—Bien... —dijo mirando alentador a Christian—. Esta es tu primera novela.

Christian se preguntaba si el reportero esperaba de él más que una afirmación.

—Sí, es la primera —contestó carraspeando un poco.

—Me ha gustado mucho —aseguró Birger Jansson con un tono agrio que casaba mal con el elogio.

—Gracias —respondió Christian.

—¿Qué has querido decir con ella? —Jansson comprobó la grabadora para cerciorarse de que la cinta iba pasando.

—¿Qué he querido decir? No lo sé exactamente. Es una historia, un relato que tenía en la cabeza y que tenía que salir.

—Es muy serio. Incluso diría que es lúgubre —aseguró Birger observando a Christian como si quisiera ver hasta lo más recón-dito de su ser—. ¿Es esa tu visión de la sociedad?

—No sé si es mi visión de la sociedad lo que he intentado re-flejar en el libro —confesó Christian, buscando como un loco algo inteligente que decir. Jamás había pensado en su obra de aquel modo. El relato llevaba allí mucho tiempo, existía en su interior y, finalmente, se vio obligado a plasmarlo en el papel. Pero si quería decir algo sobre la sociedad... ni se le había pasado por la cabeza.

Finalmente, Gaby acudió en su auxilio. Llegó con una tropa de periodistas y Birger Jansson apagó la grabadora mientras to-dos se saludaban y se sentaban a la mesa. Transcurrieron unos minutos y Christian aprovechó la ocasión para serenarse.

Gaby intentaba captar la atención de todos.

—Bienvenidos a este encuentro con la nueva estrella del fir-mamento literario, Christian Thydell. En la editorial nos senti-mos terriblemente orgullosos de haber podido publicar su no-vela *La sombra de la sirena* y creemos que será el principio de una larga y fructífera carrera literaria. Christian no ha tenido tiempo de leer las reseñas, de modo que es para mí un placer inmenso comunicarte que has recibido críticas maravillosas en el *Svenskan*, *DN* y *Arbetarbladet*, por mencionar algunos diarios. Permitid que lea una selección de fragmentos muy significativos.

Se puso las gafas y extendió el brazo en busca de un montón de papeles que había en la mesa. Sobre el fondo blanco destaca-ban, aquí y allá, los subrayados en rosa.

—«Un virtuoso de la lengua que narra la indefensión del ser humano sin perder la profundidad de la perspectiva», dice el *Svenskan* —explicó Gaby con un gesto de asentimiento hacia Christian, antes de pasar al siguiente documento—. «Leer a Chris-tian Thydell resulta a un tiempo placentero y doloroso pues, con su prosa desnuda, desvela la vacuidad de las esperanzas que sobre la seguridad y la democracia abriga la sociedad. Sus palabras cortan como un cuchillo la carne, los músculos y la conciencia y me impulsan a seguir leyendo con ansiedad febril para, como un

faquir, experimentar más en profundidad ese dolor tormentoso pero, al mismo tiempo, catártico.» Esto era del *DN* –continuó Gaby quitándose las gafas al mismo tiempo que le entregaba a Christian el montón de recensiones.

Christian las cogió incrédulo. Oía las palabras y resultaba agradable dejarse envolver por los elogios pero, sinceramente, no entendía de qué hablaban. Lo único que él había hecho era escribir sobre ella, contar su historia. Sacó a la luz las palabras y lo que ella era en una operación de descarga que, en ocasiones, lo dejaba totalmente vacío. Él no quería decir nada de la sociedad. Quería hablar de ella.

Pero las protestas no pasaron de la garganta. Nadie más lo comprendería y tal vez debiera ser así. Él no podría explicarlo jamás.

—Estupendo —dijo al fin, consciente de lo vacías que habían sonado sus palabras.

Siguieron más preguntas, más elogios e ideas sobre su libro. Y él tenía la sensación de que no podía responder con sensatez a una sola pregunta. ¿Cómo describir aquello que lo ha colmado a uno hasta el más mínimo resquicio? ¿Que no solo era un relato, sino que era una cuestión de supervivencia? De dolor. Hacía lo que podía. Intentó responder con claridad y sesudamente. Y era obvio que lo consiguió, porque Gaby asentía de vez en cuando con una expresión aprobatoria.

Una vez concluida la entrevista, Christian solo pensaba en volver a casa. Se sentía totalmente vacío. Sin embargo, tuvo que quedarse en el hermoso comedor del Hotel Stora, y respiró hondo y se preparó para recibir a los invitados que ya empezaban a llegar. Sonreía, pero con una sonrisa que le costaba mucho más de lo que nadie podía sospechar.

—¿Podrás mantenerte sobria esta noche? —le espetó Erik Lind a su esposa, tan alto que todos los que hacían cola para entrar en la fiesta pudieran oírlo.

—¿Podrás tú controlar las manos esta noche? —replicó Louise sin molestarte en bajar la voz.

—No sé de qué hablas —dijo Erik—. Y haz el favor de bajar el volumen, anda.

Louise observó a su marido con frialdad. Era atractivo, eso era innegable. Y hubo un tiempo en que a ella le gustaba. Se habían conocido en la universidad y muchas chicas la miraban con envidia porque había cazado a Erik Lind. Desde entonces, se dedicó a destruir su amor, su respeto y su confianza, lento pero seguro, a base de follar. No con ella, no, por Dios. Sin embargo, no parecía tener absolutamente ningún problema en hacerlo fuera del lecho matrimonial.

—¡Hola! ¡Habéis venido! ¡Qué bien! —Cecilia Jansdotter se abrió paso hasta ellos y los besó en la mejilla. Era la peluquera de Louise y también la amante de Erik del último año. Claro que ellos creían que Louise no lo sabía.

—Hola, Cecilia —la saludó Louise con una sonrisa. Era una chica encantadora; si hubiese estado resentida contra todas las mujeres con las que se había acostado su marido, no habría podido seguir viviendo en Fjällbacka. Por lo demás, hacía muchos años que aquello había dejado de importarle. Tenía a las niñas. Y aquel invento maravilloso del vino en cartones de varios litros con espita. ¿Para qué necesitaba a Erik?

—¿No es emocionante que tengamos a otro escritor en Fjällbacka? Primero Erica Falck y ahora Christian. —Cecilia hablaba casi dando saltos—. ¿Habéis leído el libro?

—Yo solo leo periódicos de economía —respondió Erik.

Louise puso los ojos en blanco. Muy propio de Erik hacerse el interesante diciendo que él nunca leía libros.

—Confío en que podamos hacernos con un ejemplar —continuó Cecilia, cerrándose bien el abrigo. A ver si la cola empezaba a moverse un poco más y entraban pronto en calor.

—Sí, Louise es la lectora de la familia. Por otro lado, no hay mucho más que hacer cuando uno no trabaja. ¿A que no, querida?

Louise se encogió de hombros y dejó que tan vitriólico comentario le resbalara. De nada servía señalar que fue Erik quien insistió en que ella se quedara en casa mientras las niñas eran pequeñas. O que era ella quien trabajaba desde la mañana hasta la

noche para que funcionase la maquinaria de aquella existencia tan ordenada que él daba por hecha.

Continuaron con la charla mientras seguían avanzando. Finalmente, llegaron a la recepción y pudieron quitarse los abrigos para luego subir los escasos peldaños que conducían al salón del restaurante.

Con la mirada de Erik ardiéndole en la espalda, Louise puso rumbo al bar.

—Procura no hacer esfuerzos —dijo Patrik besando a Erica en la boca antes de que ella cruzara el umbral para salir precedida por aquella barriga enorme.

Maja protestó al ver que su madre se marchaba, pero se calmó en cuanto su padre la sentó delante del televisor a ver *Bolibompa*, que precisamente empezaba con la aparición del dragón verde que tanto le gustaba. Los últimos meses se había vuelto más quejica y los arrebatos temperamentales que ahora solían suceder a cualquier negativa harían morirse de envidia a cualquier diva. Patrik la comprendía, en cierta medida. Maja también debía de notar la expectación y la tensión que, mezcladas con algo de angustia, provocaba la llegada de los hermanitos. Madre mía, ¡gemelos! Pese a que se lo dijeron desde la primera ecografía, cuando estaba de dieciocho semanas, aún no había logrado digerirlo. A veces se preguntaba cómo iban a resistir. Ya había resultado bastante difícil con un solo bebé, ¿cómo iban a hacerlo con dos? ¿Cómo arreglárselas con las tomas y el sueño y todo eso? Y además, tendrían que comprarse un coche nuevo donde cupieran los tres niños y otros tantos carritos. Solo eso...

Patrik se sentó en el sofá al lado de Maja y se quedó mirando al vacío. Se encontraba tan cansado últimamente. Era como si estuviese siempre a punto de agotársele la energía y había mañanas en que apenas era capaz de levantarse de la cama. Claro que quizás no fuese tan raro. Aparte de todo lo que tenía en casa, con Erica siempre cansada y con Maja convertida en un monstruo rebelde, estaba abrumado con el trabajo. Desde que conoció a Erica, se

habían enfrentado a varios casos de asesinato y, la lucha permanente con su jefe, Bertil Mellberg, también lo tenía muy cansado.

Y ahora, la desaparición de Magnus Kjellner. Patrik no sabía si era experiencia o instinto, pero estaba convencido de que le había pasado algo. Un accidente o un crimen, imposible saberlo, pero apostaba la placa de policía a que Magnus Kjellner no seguía con vida. Ver todos los miércoles a su mujer, que parecía más menuda y más consumida cada semana que pasaba, lo tenía absolutamente agobiado. Habían hecho todo lo que estaba en su mano, aun así, no podía quitarse de la cabeza la expresión de Cia Kjellner.

—¡Papá! —Maja lo sacó de sus cavilaciones con unos recursos vocales insospechados. Dirigía el índice diminuto hacia la pantalla del televisor y Patrik comprendió enseguida cuál era el origen de la crisis. Seguramente había pasado más tiempo del que creía sumido en sus pensamientos porque *Bolibompa* se había terminado y lo que ahora daban era un programa para adultos en el que Maja no tenía el menor interés.

—Papá lo arregla, ya verás —dijo con las manos en alto—. ¿Qué te parece Pippi?

Puesto que Pippi era, por el momento, el personaje favorito, Patrik sabía perfectamente cuál sería la respuesta. Cuando la película *Pippi por los siete mares* comenzó a verse en la pantalla, se sentó al lado de su hija y le pasó el brazo por los hombros. Maja se acomodó feliz en el hueco como un animalito cálido de peluche. Cinco minutos después, Patrik se había dormido.

Christian había empezado a sudar. Gaby acababa de comunicarle que pronto sería su turno de subir al estrado. La sala no estaba abarrotada, pero sí había allí unas sesenta personas expectantes, con su plato de comida y su copa de vino o de cerveza. Christian, por su parte, no había sido capaz de tragarse nada, salvo algo de vino tinto. En aquellos momentos, precisamente, estaba dando cuenta de la tercera copa, pese a que sabía que no debería beber tanto. No sería del todo adecuado que se pusiera a tartamudear

al micrófono mientras lo entrevistaban. Pero, sin el vino, no lo conseguiría.

Estaba inspeccionando la sala con la mirada cuando notó una mano en el brazo.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? Pareces un poco tenso. —Erica lo miraba un tanto preocupada.

—Estoy un poco nervioso —admitió él sintiéndose aliviado de ver a alguien a quien poder confesárselo.

—Te entiendo perfectamente —aseguró Erica—. Mi primera presentación fue en Estocolmo y créeme que, después, tuvieron que despegarme del suelo con rascador. Y no recuerdo absolutamente nada de lo que dije en la tarima.

—Tengo la sensación de que en mi caso también van a necesitar un rascador —dijo Christian pasándose la mano por el cuello. Por un instante, pensó en las cartas y sintió el azote poderoso del más puro pánico. Se tambaleó y no se desplomó en el suelo gracias a Erica, que logró sujetarlo a tiempo.

—Cuidado! —exclamó Erica—. Sospecho que te has pasado un pelín. No creo que debas beber más antes del acto. —Con suma delicadeza, le retiró la copa de la mano y la colocó en la mesa más próxima—. Te prometo que irá bien. Gaby empezará por presentaros a ti y el libro, luego yo te haré las preguntas que ya hemos repasado. Tú confía en mí. El único problema lo tendremos a la hora de subirme a mí a la tarima.

Erica se echó a reír y Christian la secundó. No de corazón, y con una risa un tanto chillona, pero funcionó. Se relajó un poco y notó que empezaba a respirar otra vez. Acorraló el recuerdo de las cartas en lo más recóndito de la memoria. No debía permitir que aquello le afectase en una noche tan importante. Le había dado a la sirena la oportunidad de expresarse en el libro y, por lo que a él se refería, el asunto estaba zanjado.

—Hola, cariño. —Sanna se les unió contemplando la sala con ojos chispeantes. Sabía que aquel era un momento de capital importancia para ella. Quizá incluso más que para él.

—¡Qué guapa estás! —le comentó Christian mientras ella disfrutaba del cumplido. Sanna era guapa. Y él sabía que había tenido

suerte al conocerla. Le aguantaba muchas de sus rarezas, más de lo que aguantaría la mayoría. Pero no era culpa suya, Sanna no podía llenar el vacío que sentía dentro. Seguramente, nadie podía. Le pasó el brazo por los hombros y le besó la melena.

—¡Qué monos! —Gaby se les acercó esquivando a la gente y haciendo resonar los tacones—. Aquí tienes, Christian, te han regalado unas flores.

Se quedó mirando el ramo que Gaby sostenía en el regazo. Era muy bonito, aunque sencillo. Todo de lirios blancos.

Con la mano temblándole descontrolada, fue a coger el sobre blanco que había prendido en el ramo. Era tal el temblor que lo abrió a duras penas, consciente solo a medias de las miradas de extrañeza que le dirigían las dos mujeres.

También la tarjeta era sencilla. Blanca, de papel grueso, con el mensaje en negro escrito con letra elegante, la misma que en las cartas. Se quedó mirando fijamente aquellas líneas. Acto seguido, todo se volvió negro a su alrededor.